

El genovés, abatido
 Les refiere su pobreza:
 Que no han querido ayudarle
 Ni su patria, ni Venecia,
 Que la corte de Lisboa
 Se burla de sus propuestas;
 Que los sabios no le entienden,
 Que los ricos le desprecian,
 Que los nobles no le escuchan,
 Que el vulgo le vilipendia.
 Mas como despues, añade,
 Que aún la esperanza le alienta
 De encontrar grata acogida
 En el rey de la Inglaterra;
 Donde ya tiene un hermano
 Con proposiciones hechas,
 Y que él mismo, á acalorarlas,
 Ir allá muy pronto piensa;
 El amor patrio, más puro
 En las españolas venas
 Del médico y del prelado,
 Se inflama y súbito truena;
 Pues unánimes prorumpen:
 «De España la gloria sea;
 No busqueis lejanos reinos
 Cuando el mejor se os presenta;
 »Y el que sediento de gloria
 Más imposibles anhela.
 Corred, buscad el apoyo
 De la castellana reina,
 »De doña Isabel invicta,
 Que es la más grande princesa
 Que han admirado los siglos,
 Y que ha ceñido diadema.»
 De los dos el entusiasmo
 También á su vez se pega
 Al genovés, y aquel nombre
 Pronunciado con tal fuerza
 Por el físico y el fraile,
 El alma y pecho le llenan
 De esperanza tan vehemente,
 Que sus planes desconcierta.
 En sus rutilantes ojos,
 Como en su boca entreabierta,
 Y en su palpitante pecho,
 Y en su animada apariencia,
 El sagaz Garci-Fernandez
 Lo conoce, y «No se pierda

Momento, prosigue; al punto
 Id á Córdoba, que es cerca.
 »Allí encontrareis la corte:
 Pues el cielo os la presenta
 Tan inmediata, propicia
 La hallareis, nada os detenga.»
 Y fray Juan Perez añade:
 «Marchad, sí, Dios os lo ordena.
 Carta os daré para el padre
 Hernando de Talavera,
 »Religioso de valía
 Que es confesor de la Reina.
 Y porque ningun cuidado
 Vuestra jornada entorpezca,
 »Este vuestro tierno niño
 Aquí en el convento queda,
 De mi seráfico padre
 So la proteccion inmensa.»
 No dijeron más. Escribe,
 Dando la cosa por hecha,
 La carta Garci-Fernandez,
 Fray Juan Perez de Marchena
 La firma; su propia mula
 Ensillar al punto ordena,
 Y las pródidas alforjas
 Preparar en la despensa.
 Todo está listo. Y entónces
 Cual si alguna oculta fuerza
 Le compeliere, el piloto,
 Que aun no habia dado respuesta,
 De pié se puso, y resuelto
 Exclama de esta manera:
 «A Córdoba, Dios lo quiere,
 Su gracia me favorezca.»
 Al tierno y precioso niño
 Acaricia, abraza y besa,
 No sin lágrimas sus ojos,
 No su corazon sin pena.
 A rezar un corto rato
 Vase devoto á la iglesia,
 Do el escapulario viste
 De la seráfica regla.
 De sus dos nuevos amigos
 Se despide ya en la puerta,
 Cabalga, aguija, y á trote
 De la Rábida se aleja.



ROMANCE TERCERO

LA DAMA

De Abderramen la mezquita
 Y de Almanzor las murallas,
 Y el puente de Julio César,
 Y las vividoras palmas,
 Que más de dos luengos siglos
 Muerto ornato se miraban
 Del sepulcro de un imperio,
 O de una tumba de hazañas;
 Como evocadas reviven,
 Las musgosas frentes alzan,
 Y para Córdoba juzgan
 Que una nueva aurora raya.
 Y que renacen los días
 De gloria, poder y fama,
 En que Atenas de Occidente,
 En que Roma musulmana,
 O ilustró al mundo con ciencias,
 O rindió al mundo con armas,
 Como de sabios emporio,
 Como de guerreros patria.

Los dos católicos reyes
 Que son Atlantes de España,
 Los que un imperio fundaron
 Que ningun imperio iguala,
 A Córdoba han elegido
 Para corte, centro y plaza
 De los bélicos aprestos
 Que han de triunfar en Granada.
 Los grandes y ricos-homes
 Acuden con sus mesnadas,

Y con todo el aparato
 De sus espléndidas casas.
 Allá envian sus pendones
 Las ciudades más lejanas,
 Con sus bravos caballeros
 Y con sus huestes gallardas;
 Allí los Grandes-Maestres
 Sus estandartes levantan,
 Y allí Prelados concurren,
 Y allí Legados del Papa.
 Los personajes de corte,
 Los magistrados de fama,
 Los más ilustres señores
 Y las más apuestas damas.
 Y llégan aventureros
 Y soldados de ventaja,
 Y jinetes, y peones,
 Ballesteros y hombres de armas.
 Y cual nube de pardales
 Que viene á la seca parva,
 O cual reguero de hormigas
 Que al costal volcado ataca,
 Traficantes, labradores
 Y ganaderos se afanan
 En apurar la moneda
 Con sus ventas y contratas.

Por ciudad de encantamento
 A Córdoba reputara,
 Quien notase su bullicio,
 Quien oyese su algazara.

Y al ver llenos sus palacios
De rica nobleza tanta,
Y sus calles y sus muros
Y sus huertos y sus plazas
Hervir en enjambre inmenso
De tan diversas comparsas,
De tan distintos vivientes,
De ocupaciones tan varias.

A las funciones de iglesia
Suceden las cabalgadas,
A los consejos de corte
Los alardes y las danzas;
Los saraos á los banquetes,
A los torneos las farsas,
A las consultas y audiencias
Festejos, toros y cañas.
Todo es movimiento y vida,
Todo actividad extraña,
Todo bélico aparato,
Todo fiestas cortesanas.

Todo es riqueza y aliento,
Todo brocados y holandas,
Todo confusion alegre,
Todo caprichos y galas.
Córdoba es concilio, corte,
Almacen, campo de armas,
Tribunal, mercado, lonja,
Escuela, taller y sala.

Ya una procesion solemne
Lenta por las calles marcha;
Ya los reyes atraviesan
Con su comitiva y guardias.

Aquí llegan municiones,
Allí grano y vituallas,
Acá se doman corceles,
Allá se adiestran escuadras.

Allí armaduras se bruñen,
Aquí se bordan gualdrapas,
Acá se recaman vestes,
Allá se templan espadas.

Las banderas y penachos,
Los pendoncillos y lanzas,
Las enseñas y divisas
Forman espesa enramada.

El sol chispea en el oro,
Arde en bruñidas corazas,
Y en plumas, telas, recamos,
Vivos colores esmalta.

Ora resuenan clarines,
Ora rimbomban campanas,
Ya redoblan los tambores,
Ya retumban las lombardas.

No hay una persona ociosa,
No hay sin movimiento un alma,

Ni imaginacion tranquila
Ni pecho sin esperanza.
Unos sueñan en despojos,
Otros nombre y lauros ansian,
Quién va á ganar indulgencias,
Quién gloria pide y aguarda.
Y todas estas ideas
Se humillan, aunque tan varias,
A un gigante pensamiento,
LA CONQUISTA DE GRANADA.

Entre el inmenso gentío
Y entre baraunda tanta,
Como en medio de un desierto
Solo y silencioso vaga,
Soñador, pobre, abatido,
Sin que sus proyectos hayan
Un solo apoyo encontrado,
Merecido una mirada,

El genovés navegante,
Que á la corte castellana
Desde la Rábida vino
Tras falaces esperanzas.
Y el cual bien puede decirse
Que ha llegado en hora mala
A aquel abreviado mundo,
A aquella Babel de España.

Fray Hernando Talavera
Es persona de importancia,
Ve una mitra en perspectiva,
Todo lo demás es nada.

Con desden ha recibido
De un fraile oscuro la carta,
Y juzga al recomendado
Un arbitrista sin blanca.

De estado los grandes hombres,
Que con los reyes trabajan,
No tienen tiempo, no escuchan,
Sólo de la guerra tratan.

Los cortesanos se burlan
De una catadura extraña,
Y del humilde atavío
De la persona más sábia.

Los guerreros nada tienen
De comun con el que habla
De círculos y de estrellas,
Y de cosas que no alcanzan.

El vulgacho vil se mofa,
Cual de un loco, del que anda
Tan desarrapado, y grave
Ofrecé montes de plata.

Y conseguir una audiencia,
Y de los reyes la gracia

Con tan contrarios auspicios,
En caso imposible raya.
Hace un mes que el extranjero
Rueda por las antesalas,
Siendo burla de los pajes,
Juguete de la canalla,
Y aburrido y despechado
De volver por su hijo trata,
Y de volar á otros reinos
Sin pensar más en España.

Pero acá en el mundo somos
De la Omnipotencia sábia
Sólo instrumento, sus miras
Nadie puede penetrarlas.
Y por medios tan ocultos,
Por ocurrencias tan raras
Se cumplen, que en vano el hombre
Esto, dice, haré mañana.

En la catedral sombría
Que Guadalquivir retrata,
Aún no del perverso gusto
Cual despues, contaminada,
Devoto entra el mareante,
Cuando el són de la campana
A las visperas solemnes
A los fieles convocaba.
Por las más oscuras naves,
Y por las más solitarias,
Siempre huyendo del gentío,
Cruza con incierta planta.

Y en aquel bosque de mármol,
Y á su luz tibia y opaca,
Una evocacion parece,
Un espectro, una fantasma.

Frente de aquella capilla
De esmaltes y filigranas,
Que del *Zancarron* el vulgo,
Y todo Córdoba llama,

A una columna de jaspe
Al cabo apoya la espalda,
Y en hondas meditaciones
Sueña, delira, se extásia.

Cuando acaso una señora,
Sin advertir en él, pasa
Tan cerca, que con el manto
Casi le toca la cara.

Este pequeño incidente
Para volverle en sí basta,
Y sintiéndose arrastrado
Por una violencia extraña,

Por un superior impulso
De aquellos que no se aguardan,
Sigue, cual can á su dueño,
Maquinalmente á la dama.

Esta, ante un altar dorado
Donde la imagen brillaba
De la Virgen, se arrodilla,
Abre el manto y se destapa.
Y á la luz de seis candelas
Que el retablo iluminaban,
Deja ver un lindo rostro
Lleno de candor y gracia;
Y de expresion tan devota,
Y de belleza tan rara,
Y de modestia tan grande,
Y de nobleza tan alta,
Como se admira en los rostros
Que dió Murillo á sus santas,
Y que de un ángel del cielo
Pudo tan sólo copiarlas.
El extranjero, encantado,
Sus afanes y sus ansias
Olvida un punto, y los ojos
En aquel tesoro clava.

Levántase la señora
Al acabar sus plegarias,
Retírase, y el piloto
Sigue absorto sus pisadas
Sin saber qué le sucede,
Sin acertar qué le pasa;
Como sujeto y ligado
Por hechizo, encanto ó magia.

Al patio de los naranjos
Salen ambos, y él se aparta
Al ver que dos escuderos
A la señora acompañan.

Mas aún de léjos la sigue,
Cuando quiso su desgracia,
Mejor diré su fortuna,
Que en la calle se encontrara

Con un tropel de muchachos,
Que de pronto en él reparan.
Y como de que era loco
Varias especies volaban,

Al loco, gritan, y empiezan
Con silbidos y pedradas,
Con insultos y con voces,
Que suelen pasar por gracia.

Al estruendo la señora
Con curiosidad se para,
Y al ver en tal paso á un hombre
Pobre, mas de noble traza,

Que le den auxilio al punto
A sus escuderos manda,
Y ella se acerca, y le ofrece
El amparo de su casa.

Con doña Beatriz Enriquez,
Que es la cordobesa dama,
Tan discreta como hermosa,
Tan buena como gallarda,

Entra el genovés piloto
En una soberbia cuadra,
De guadamecí vestida
Con las molduras doradas,
Y un estrado de almohadones
De terciopelo con franjas,
Y con grandes borlas de oro
Sobre alfombras de Granada;

Mas tan turbado y confuso
Que no acierta á hablar palabra,
Y tan sólo en que respira
Se ve que no es una estatua.

Tampoco está la señora
Muy en sí; tampoco halla
Aquellas frases precisas
De quien recibe en su casa.

No ha reparado en la iglesia
En aquel hombre, y le pasma
Su noble fisonomía,
Que con su traje contrasta.

Y acertando prontamente
Que es el marino, á quien llaman
Unos loco y otros sabio,
Atenta le observa y calla.

Al cabo el hielo rompióse,
Y la primera la dama
Le ruega que tome asiento,
Y ordena le sirvan agua.

Entra obediente al mandato
Una berberisca esclava,
Con búcaros primorosos
En su salvilla de plata.

Sosegado el extranjero,
Con tal dignidad y tanta
Cortesanía le rinde
Por aquel servicio gracias,

Que el parabien la señora
De ocurrencia tan extraña
Se da á sí misma, y se esmera
En obsequios y en palabras.

Esta primera visita
Otras produjo más largas,
Y de muy pocas al cabo
Se entendieron sus dos almas.

Ya no piensa el navegante
En dejar tan pronto á España,
Renueva sus pretensiones,
Torna á rodar antesalas.

De Hernando de Talavera
La altivez ya no le espanta.
Insiste en ver á los reyes
Y renueva sus demandas.

Doña Beatriz, afanosa,
Siendo ya depositaria
De sus planes y proyectos,
Que la envanecen y exaltan,
Lo aconseja y lo reanima,
Lo consuela y lo entusiasma,
Y conexiones le busca
Con femenil eficacia.

Él mismo en Córdoba logra
Con su permanencia larga,
Que algunos doctos lo escuchen,
Tratar á personas altas.

Y ya sus propuestas toman
Cierta color de importancia,
Y ya con calor y aprecio
Del extranjero se habla.

Alonso de Quintanilla,
Del rey tesorero, enlaza
Con él amistad estrecha
Y en protegerlo se afana.

Y don Pedro de Mendoza,
El gran cardenal de España,
Uno de los más ilustres
Varones de nuestra patria,

Afable se le demuestra,
Y con su poder alcanza
Que el mismo rey le conceda
La audiencia tan deseada.

Frio, suspicaz, severo
Le oye el rey. Pero le llaman
La atención de aquel piloto,
La dignidad y la calma,

El convencimiento firme,
Las explicaciones claras.
Y aunque de la inmensa idea
Toda la extensión no alcanza,

La envidia á los portugueses,
De dominación el ansia,
Y el carácter de aquel siglo
Caballeresco y de hazañas,

Le obligan á que al instante
Dé acogida afable y grata
Al hombre y á su proyecto,
Porque otro rey no lo haga.

Mas los gastos de la guerra
Hacer nuevos le embarazan,
Ni otra empresa empezar puede
Hasta rendir á Granada.

Y cual político astuto,
Por ganar tiempo y dar largas,
Su protección y su auxilio
Al piloto ofrece, y manda

Que los sabios eminentes
De la docta Salamanca
Con detención examinen
La propuesta extraordinaria.

No contenta al navegante
Tal decisión del monarca,
Mas que con ella se avenga
Doña Beatriz quiere, y basta.



ROMANCE CUARTO

TIEMPO PERDIDO

Dejando atrás á Granada,
En cuyas torres el viento
Ya la cruz triunfante adora
Entre cristianos trofeos,
Y dejando atrás la corte
De los hispánicos reinos,
Donde tristes desengaños
Cogió y amargos desprecios.

Va el genovés navegante,
Va el portentoso extranjero
En una mula de paso
Hacia Córdoba derecho;

Sin volver atrás los ojos,
Pobre, abatido y enfermo.
Sale de la hermosa vega
Que le parece el infierno.

Lleva en su faz las señales
Del infortunio y del tiempo,
Que los años y desgracias
Dan con un bronce en el suelo.

Seis años cuenta perdidos
Desde que llegó al convento
De la Rábida, y el nombre
Quiso hacer de España eterno.

Y sus esperanzas todas,
Y todos sus pensamientos,
Disipadas mira en humo,
En polvo mira deshechos.

De la insigne Salamanca
Los doctores y maestros,

TOMO II

Más bien que examinadores
Jueces inflexibles fueron,
Y le trataron altivos,
Aunque era más sabio que ellos,
No cual docto que consulta,
Sino cual convicto reo.

Sus geométricas verdades
Por respuesta hallaron textos,
Sus cálculos silogismos,
Sus demostraciones ergos.

Y aunque varios religiosos
De San Estéban (colegio
Donde fué la conferencia)
Que eran sabios verdaderos,

Si comprender no lograron
Al inspirado extranjero,
Lo escucharon con asombro
Y su importancia advirtieron;

Los más, cual siempre acontece,
Arrollaron á los ménos,
Y sobre un hombre tan grande,
Y sobre un tan gran proyecto

Informaron á la corte
Con el más alto desprecio,
De visionario y de loco
Prodigándole dicterios.

El no entendido más firme
En sus altos pensamientos,
De su plan el contradicho
Más convencido y más cierto;

De sí mismo más seguro
Mientras halla más tropiezos,

Y nuevas fuerzas cobrando
De su propio abatimiento:
Del genovés navegante
Parece el alma de acero,
Escollo inmoble que arrostra
Siglos, rayos, olas, vientos.
Pero no quiere que España
Acoja ya sus esfuerzos,
Ni que las ventajas logre
De tales descubrimientos.
Y á Córdoba despechado
Veloz regresó, resuelto
De irse á buscar á otra corte
Para realizarlos medio.
Mas doña Beatriz Enriquez
Y el fruto inocente y tierno
De sus plácidos amores,
Detenerle aún consiguieron.
Eslabones más tenaces
Que los de forjado hierro,
Y con que á aquel hombre insigne
Ató á mi patria el Eterno.

El genovés, obligado
Por las prendas de su afecto
A no abandonar á España,
Buscó en ella rumbo nuevo;
Y partió con gran reserva
De Santa María al puerto,
Que era del ínclito duque
De Medinaceli feudo,
A buscar su patrocinio
Y á ofrecerle ignotos reinos.
El duque con grandes honras
Le acogió y con sumo aprecio,
Y ya preparaba naves
Propias suyas, y dinero
Con que el hombre extraordinario
Llevase á cabo su intento:
Cuando de la corte tuvo
Aviso de que con ceño
Y con envidia y sospechas
Miraba el rey sus aprestos.
Suspendiólos advertido,
Y exhortó con noble celo
Al piloto, á que á la corte
Y al rey regresase luégo.

A la inexorable suerte
Que sus más vivos anhelos
Contrariaba, y le tenia
Atado al hispano suelo,
Tuvo el genovés constante
Que humillarse con despecho;

Y tornó á la hispana corte
Y en ella á luchar de nuevo.
El mismo rey don Fernando,
Que no quedó satisfecho
Del salamanquino informe,
Lo maneja astuto y diestro;
Le halaga con esperanzas
(Que detenerle es su objeto),
Hasta que la infiel Granada
Rinda á sus plantas el cuello.
Siguió aburrido á la corte
El soñador extranjero,
De aquella famosa guerra
Presenciando los progresos.
En el asalto de Baza,
De Málaga en el asedio,
En otras altas acciones,
Y en muchos duros reencuentros,
Discurrió como perito,
Se mostró cual caballero,
Combatió como cristiano
Y se portó como bueno.

De la opulenta Granada
Rendirse el poder soberbio
Presenció en fin, de Castilla
Y de Aragon al esfuerzo.
Y de las régias ofertas
Llegado el plazo creyendo,
Con más teson y energía
Llamó la atención de nuevo.
Mas en vano, otras consultas
Y otros plazos le han propuesto,
Que los gastos de la guerra
Tienen el tesoro yermo.
Con que de toda esperanza
Perdidos los fundamentos
Dejar á España de veras,
De veras tiene resuelto.
Ni aún de Alonso Quintanilla
Se ha despedido, temiendo
Que elocuente y amistoso
Aún pretenda detenerlo.
Y hácia Córdoba camina:
Seguro de que los ruegos
De doña Beatriz Enriquez
No han de hacer mella en su pecho.
Nada ya, nada en el mundo
Le detiene, no hay remedio.
¡Oh, cuánto poder y gloria
Pierde España con perderlo!
En su acalorada mente
Tanto agravio recorriendo,
Y ansioso ya de encontrarse
En la corte de otro reino,

Aguja la tarda mula,
No le permite resuello,
Ya de Pinos de la Puente
Llega al miserable pueblo,
Y sin detenerse pasa
El despeñado riachuelo,
Que entre riscos y entre juncias
Va de Genil al encuentro.

Sigue adelante el camino,
Cuando detrás, el estruendo
De un caballo que galopa
Oye resonar violento,
Y alcánzale á pocos pasos,
En un cordobés overo,
De sudor cubierta el anca,
Blanco de espumas el pecho,
Arrogante y decidido
Un atildado mancebo,
Vestido un rico tabardo
De carmesí terciopelo,
Con castillos y leones
De plata y oro cubierto,
Y un penacho rojo y jalde
Volando sobre el sombrero.
Era un paje de la reina,
Que al punto reconociendo
A la persona á quien busca
En el piloto extranjero,
Le dice en voz alta: «Amigo,
Atrás volved luégo, luégo,
Pues de que sin vos no torne
Orden terminante tengo.»
El genovés irritado
Pára la mula de presto;
Pone la mano en la espada
Y dice con gran denuedo:
«Antes que la rienda vuelva
Me dejareis aquí muerto;
Basta, vive Dios, de burlas,
A España nada le debo.»

Desconcertóse al mirarlo
Tan decidido y dispuesto
El paje, que le responde:
«Ni me burlo ni os ofendo;
»Pues la reina mi señora
Me ha mandado deteneros,
Y que á su presencia os lleve,
Ved si obedecerla debo.»
Bastó el nombre de la reina
Para un trastorno completo
Del navegante ofendido
Hacer en cabeza y pecho,
Que era nombre á quien tan alto
Prestigio dió el mismo cielo,
Que allanara un alto monte,
Que domara el mar soberbio.
A tal nombre sus agravios,
Todos sus resentimientos,
Todos los años perdidos,
Y todos sus planes nuevos
El genovés olvidando,
Abre palpitante el pecho
A tan vehemente esperanza,
A porvenir tan risueño,
Que le parece aquel paje
Angel bajado del cielo,
Y en éxtasis delicioso
Queda inmóvil y suspenso.
Jamás conseguido habia
Explicar su alto proyecto,
De la gran Reina delante,
Y ahora ve ocasion de hacerlo.
Por lo que rompiendo al punto
Aquel rato de silencio,
Lleno de vida el semblante,
Responde al mudo mancebo:
«Pues doña Isabel lo manda
Voy con vos y la obedezco.»
Y revolviendo la mula
Sigue detrás del overo.

